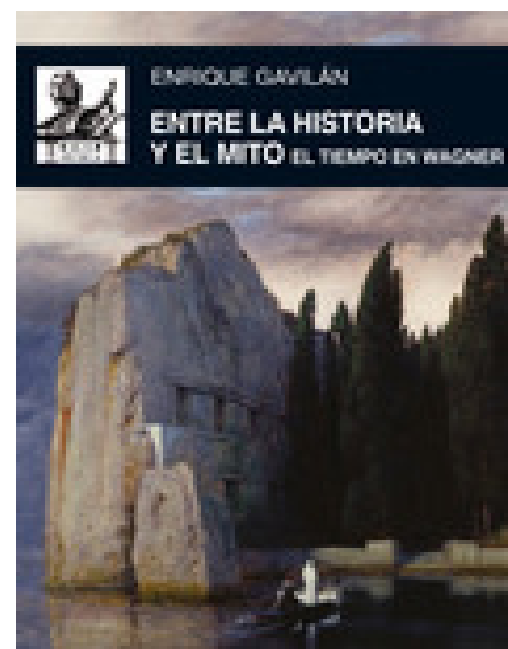


Con la llegada del 2014 dejamos atrás el bibliográficamente prolijo año Wagner, y entre los sempiternos propósitos de enero, con su también imperecedero incumplimiento, se impone la reflexión sobre lo que la marea wagneriana ha traído a nuestras costas. A medio andar entre la espuma y la arena despunta con peculiar fulgor *Entre la historia y el mito. El tiempo en Wagner* (Akal, 2013) esperando a ser redescubierto por el paseante, una vez pasada la tormenta, en la calma del atardecer, cuando la lechuza emprenda el vuelo.

El medievalista vallisoletano Enrique Gavilán colabora con la Universidad de Bayreuth desde hace dieciséis años, período en el cual se ha asentado como el mayor especialista en Wagner –que no wagneriano- de nuestro país. Cuentan que su larguísima pasión por Wagner responde a una epifanía joyciana al intercambiar con *el amigo Joan*, como el propio Gavilán denomina al profesor Joan Llinares, su interés por Edward Saïd por el estudio del músico de Leipzig. La amistad que, según Aristóteles, sólo puede darse como verdadera entre iguales, parece iluminar la senda desbrozada por Gavilán en su afán por utilizar a Wagner como ayuda para plantear enigmas, parafraseando al propio autor. De este modo, esta nueva publicación recoge quince ensayos surgidos de la colaboración en congresos, tanto como de peticiones expresas de colegas que reconocen tanto su erudición como su originalidad en el análisis. Lo que en potencia había de ser un segundo volumen de *Escúchame con atención* (Akal, 2007) donde dedica nueve textos a la reflexión sobre el relato en Wagner se actualiza alrededor del tiempo.

El tiempo que en las óperas románticas responde a la mística de la redención y que se rige por la lógica capitalista transformado en Historia en los dramas musicales acabará ritualizado en espacio en el *Bühnenweihfestpiel*. De este prodigio cairológico nos da cuenta Gavilán a lo largo de quince capítulos que revelan a un Wagner, el más romántico de todos los románticos según Nietzsche, identificado con el siglo XIX con todas sus contradicciones, grandezas y bajezas: desde su compromiso revolucionario con Bakunin hasta la difícilísima vida en la corte.

ENRIQUE GAVILÁN, *Entre la historia y el mito. El tiempo en Wagner*, Akal, Madrid 2013, 272 pp. ISBN 978-84-460-3749-1.



Palabras clave:
Wagner
música
tiempo
ópera
Parsifal



El tiempo es axial en la concepción de la música. El Romanticismo lo interpretó en paralelo a la angustia revolucionaria como el ruido de la rueda que atormenta al asceta, liberado por la música. La metáfora literaria de Wackenröder pronto tendría su traducción filosófica en la dicotomía schopenhaueriana que inspiraría a Nietzsche y Wagner. La obra de Gavilán nos guía a través de la obra wagneriana hacia una concepción precisa del tiempo donde la música se teatraliza, donde el tiempo se espacializa, y el gesto se consagra en liturgia. El círculo del *Ring* se revela ante nosotros como una espiral que, vista más de cerca, no es sino un laberinto ascendente en cuyo centro se erige Monsalvat. Pero para iniciar la *oreibasía*, debemos antes comprender las notas que el *Holandés errante*, el moderno Odiseo, anticipa de *Parsifal*; el enfrentamiento con el también anacrónico Nietzsche, espejo de Tannhäuser; la brecha con Rousseau y los puntos de fusión con la poesía de T.S. Eliot o las venganzas shakesperianas; así como también saber deducir si de las cenizas de la trilogía de Zurich pudiera quedar alguna brasa mitológica en el fuego de Bayreuth.

De *Parsifal* se ha dicho y escrito casi de todo. Gavilán expone en su estudio, con claridad solar o perfiladas por un rayo de luna, las diferentes líneas temáticas con las que podemos abordar la comprensión de este peculiar acto sacramental, desde su inspiración calderoniana hasta la transteatralidad que anuncia el teatro del futuro. Pero hay otra luz capaz de revelar la esencialidad de *Parsifal*, una luz ni tomasina ni schopenhaueriana, sino un halo vedántico que transluce el laberinto, allí donde el mito es ya símbolo. El artista de la paradoja, reniega de la aventura para desencajar la Historia en memoria fantasmagórica y posibilita la apertura hacia el modelo eucarístico, posibilidad intempestiva que enardeció a Nietzsche. De las críticas de éste, inexactas para el autor, de la concepción del tiempo redentor cuya actualidad reclama la huella mnémica del pasado y de la superación de la representación por el acontecimiento en la escena teatral da cuenta Gavilán con la personal y sugerente perspectiva que le proporciona su profundo conocimiento del arte cinematográfico y del teatro, tanto de la tragedia antigua como miembro del

«El tiempo que en las óperas románticas responde a la mística de la redención y que se rige por la lógica capitalista transformado en Historia en los dramas musicales acabará ritualizado en espacio en el Bühnenweihfestpiel»

grupo Sagunto dirigido por Carmen Morenilla, como del llamado teatro de calle que junto a las procesiones de la Semana Santa de Valladolid le ocupan gran parte de su actividad investigadora.

La cuidada edición de *Entre la Historia y el Tiempo* se presenta ante el lector de la mano de *La Isla de los Muertos* del pintor simbolista Arnold Böcklin, cuya primera versión data de 1880, tan sólo tres años antes de la muerte de Wagner y que obsesionó a Freud, Hitler o Lenin. Toda isla es un círculo cerrado sobre sí mismo, un laberinto al que se peregrina, ocultador de monstruos, donde las horas se solidifican. En 1924 Thomas Mann, reconocido nietzscheano y gran conocedor del músico de Leipzig, publica *La Montaña Mágica*. Hans Castorp inicia su peregrinaje hacia el sanatorio eslavo donde ha de visitar a su primo Joaquim. En su camino siente que el espacio crea transformaciones interiores muy semejantes a las que provoca el tiempo pero, de alguna manera, superándolo, haciendo uso de fuerzas que creemos reservadas al ámbito de lo temporal. Fuerzas como el olvido, Leto, y la memoria, Mnemosyne, que son mitificaciones y no simples abstracciones capaces de conducir al hombre a paraísos artificiales, atrapándolo en el desvío del que ya nos advirtió Parménides. El tiempo en Mann es siempre un viaje a un lugar, ya sea la Venecia pútrida de Gustav Aschenbach o la montaña de Castorp. Y siempre un lugar del que no se vuelve, al que se llega de la mano de Caronte y donde se espera, en vano, a no ser que se ostente el título de princesa cretense, el abrazo salvador de Dioniso. Pero el viaje había empezado antes, los burgueses de Mann *son* en el presente del futuro pasado los héroes de la mitología wagneriana cuyo lamento resuena desde las montañas de Bayreuth hasta las costas mediterráneas donde Odiseo sigue narrando sus peripecias a los feacios.

La lectura de *Entre la historia y el mito* no es sólo una aproximación brillante al recorrido musical de Wagner, ni un viaje profundo por los recovecos trágicos del siglo XIX, ni una obra de agudo sentido estético. Es todo eso y algo más ante todo. Agustín de Hipona confesó saber qué era el tiempo siempre y cuando no se le preguntara qué cosa fuera. Este libro no pretende ser una pregunta ni una

«La obra de Gavián nos guía a través de la obra wagneriana hacia una concepción precisa del tiempo donde la música se teatraliza, donde el tiempo se espacializa, y el gesto se consagra en liturgia»

«De Parsifal se ha dicho y escrito casi de todo.

Gavilán expone en su estudio, con claridad solar o perfiladas por un rayo de luna, las diferentes líneas temáticas con las que podemos abordar la comprensión de este peculiar acto sacramental, desde su inspiración calderoniana hasta la transteatralidad que anuncia el teatro del futuro»

respuesta. En él Gavilán compone un tiempo no medible por el metrónomo y un relato en el que la aventura se hieratiza, allí donde es posible la epifanía del Olvido y la Memoria.

Ángela Navarro González